



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 9 de enero de 1980

El hombre en el jardín del Edén

1. Releyendo y analizando el segundo relato de la creación, esto es, el texto yahvista, debemos preguntarnos si el primer "hombre" ('adam), en su soledad originaria, "viviría" el mundo realmente como don, con actitud conforme a la condición efectiva de quien ha recibido un don, como consta por el relato del capítulo primero. Efectivamente, el segundo relato nos presenta al hombre en el jardín del Edén (cf. *Gén 2, 8*); pero debemos observar que, incluso en esta situación de felicidad originaria, el Creador mismo (Dios Yahvé), y después también el "hombre", en vez de subrayar el aspecto del mundo como don subjetivamente beatificante, creado para el hombre (cf. el primer relato y en particular *Gén 1, 26-29*), ponen de relieve que el hombre está "solo". Hemos analizado ya el significado de la soledad originaria; pero ahora es necesario observar que por vez primera aparece claramente una cierta carencia de bien: "No es bueno que el hombre (varón) esté solo —dice Dios Yahvé—, voy a hacerle una ayuda..." (*Gén 2, 18*). Lo mismo afirma el primer "hombre"; también él, después de haber tomado conciencia hasta el fondo de la propia soledad entre todos los seres vivientes sobre la tierra, espera una "ayuda semejante a él" (Cf. *Gén 2, 20*). Efectivamente, ninguno de estos seres (*animales*) ofrece al hombre las condiciones que *hagan posible existir en una relación de don recíproco*.

2. Así, pues, estas dos expresiones, esto es, el adjetivo "solo" y el sustantivo "ayuda" parecen ser realmente la clave para comprender la esencia misma del don a nivel del hombre, como contenido existencial inscrito en la verdad de la "imagen de Dios". Efectivamente, el don revela, por decirlo así, *una característica especial de la existencia personal*, más aún, de la misma esencia de la persona. Cuando Dios Yahvé dice que "no es bueno que el hombre esté solo" (*Gén 2, 18*), afirma que el hombre por sí "solo" no realiza totalmente esta esencia. Solamente la realiza existiendo "con alguno", y aún más profundamente y más completamente: existiendo "*para alguno*". Esta norma de existir como persona se demuestra en el libro del Génesis como

característica de la creación, precisamente por medio del significado de estas dos palabras: "solo" y "ayuda". Ellas indican precisamente lo fundamental y constitutiva que es para el hombre la relación y la comunión de las personas. Comunión de las personas significa existir en un recíproco "para", en una relación de don recíproco. Y esta relación es precisamente la realización de la soledad originaria del "hombre".

3. Esta realización es, en su origen, beatificante. Está implicada sin duda en la felicidad originaria del hombre, y constituye precisamente esa felicidad que pertenece al misterio de la creación hecha por amor, es decir, pertenece a la esencia misma del donar creador. Cuando el "hombre-varón", al despertar del sueño genesíaco, ve al hombre-"mujer", tomada de él, dice: "Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne" (*Gén 2, 23*); estas palabras expresan, en cierto sentido, el comienzo subjetivamente beatificante de la existencia del hombre en el mundo. En cuanto se ha verificado al "principio", esto confirma el proceso de individuación del hombre en el mundo, y nace, por así decir, de la profundidad misma de su soledad humana, que él vive como persona frente a todas las otras criaturas y a todos los seres vivientes (*animalia*). También este principio, pues, pertenece a una antropología adecuada, y puede ser verificado siempre según ella. Esta verificación puramente antropológica nos lleva, al mismo tiempo, al tema de la "persona" y al tema del "cuerpo-sexo". Esta simultaneidad es esencial. Efectivamente, si tratáramos del sexo sin la persona, quedaría destruida toda la adecuación de la antropología que encontramos en el libro del Génesis. Y entonces estaría velada para nuestro estudio teológico la luz esencial de la revelación del cuerpo, que se transparenta con tanta plenitud en estas primeras afirmaciones.

4. Hay un fuerte vínculo entre el misterio de la creación, como don que nace del amor, y ese "principio" beatificante de la existencia del hombre como varón y mujer, en toda la realidad de su cuerpo y de su sexo, que es simple y pura verdad de comunión entre las personas. Cuando el primer hombre, al ver a la primera mujer exclama: "Es carne de mi carne y hueso de mis huesos" (*Gén 2, 23*), afirma sencillamente la identidad humana de ambos. Exclamando así, parece decir: "*¡He aquí un cuerpo que expresa la "persona"!*" Atendiendo a un pasaje precedente del texto yahvista, se puede decir también: este "cuerpo" revela al "alma viviente", tal como fue el hombre cuando Dios Yahvé alentó la vida en él (cf. *Gén 2, 7*), por la cual comenzó su soledad frente a todos los seres vivientes. Precisamente atravesando la profundidad de esta soledad originaria, surge ahora el hombre en la dimensión del don recíproco, cuya expresión —que por esto mismo es la expresión de su existencia como persona— es el cuerpo humano en toda la verdad originaria de su masculinidad y feminidad. El cuerpo, que expresa la feminidad "para" la masculinidad, y viceversa, la masculinidad "para" la feminidad, manifiesta la reciprocidad y la comunión de las personas. La expresa a través del don como característica fundamental de la existencia personal. Este es *el cuerpo*: testigo de la creación como de un don fundamental, testigo, pues, del *Amor como fuente de la que nació este mismo donar*. La masculinidad feminidad —esto es, el sexo— es el signo originario de una donación creadora y de una toma de conciencia por parte del hombre, varón-mujer, de un don vivido, por así decirlo, de modo

originario. Este es el significado con el que el sexo entra en la teología del cuerpo.

5. Ese "comienzo" beatificante del ser y del existir del hombre, como varón y mujer, está unido con la revelación y con el descubrimiento del significado del cuerpo, que conviene llamar "esponsalicio". Si hablamos de revelación a la vez de descubrimiento, lo hacemos en relación a lo específico del texto yahvista, en el que el hilo teológico es también antropológico, más aún, aparece como una cierta realidad conscientemente vivida por el hombre. Hemos observado ya que a las palabras que expresan la primera alegría de la aparición del hombre en la existencia como "varón y mujer" (*Gén 2, 23*), sigue el versículo que establece su unidad conyugal (cf. *Gén 2, 24*), y luego el que testimonia la desnudez de ambos, sin que tengan vergüenza recíproca (cf. *Gén 2, 25*). Precisamente esta confrontación significativa nos permite hablar de la *revelación y a la vez del descubrimiento del significado "esponsalicio" del cuerpo* en el misterio mismo de la creación. Este significado (en cuanto revelado e incluso consciente "vivido" por el hombre) confirma hasta el fondo que el donar creador, que brota del Amor, alcanzó la conciencia originaria del hombre, convirtiéndose en experiencia de don recíproco, como se percibe ya en el texto arcaico. De esto parece dar testimonio también —acaso hasta de modo específico— esa desnudez de ambos progenitores, libre de vergüenza.

6. El *Génesis 2, 24* habla del sentido o finalidad que tiene la masculinidad y feminidad del hombre, en la vida de los cónyuges-padres. Al unirse entre sí tan íntimamente, que se convierten en "una sola carne", someten, en cierto sentido, su humanidad a la bendición de la fecundidad, esto es, de la "procreación", de la que habla el primer relato (*Gén 1, 28*). El hombre comienza "a ser" con la conciencia de esta finalidad de la propia masculinidad-feminidad, esto es, de la propia sexualidad. Al mismo tiempo, las palabras del *Génesis 2, 25*: "Estaban ambos desnudos sin avergonzarse de ello", parecen añadir a esta verdad fundamental del significado del cuerpo humano, de su masculinidad y feminidad, otra verdad no menos esencial y fundamental. El hombre, consciente de la capacidad procreadora del propio cuerpo y del propio sexo, *está al mismo tiempo libre de la "coacción" del propio cuerpo y sexo*. Esa desnudez originaria, recíproca y a la vez no gravada por la vergüenza, expresa esta libertad interior del hombre. "¿Es ésta la libertad del "instinto sexual"? El concepto de "instinto" implica ya una coacción interior, analógicamente al instinto que estimula la fecundidad y la procreación en todo el mundo de los seres vivientes (*animalia*). Pero parece que estos dos textos del libro del *Génesis*, el primero y el segundo relato de la creación del hombre, vinculen suficientemente la perspectiva de la procreación con la característica fundamental de la existencia humana en sentido personal. En consecuencia, la analogía del cuerpo humano y del sexo en relación al mundo de los animales —a la que podemos llamar analogía "de la naturaleza"— en los dos relatos (aunque en cada uno de modo diverso), se eleva también, en cierto sentido, a nivel de "imagen de Dios", y a nivel de persona y de comunión entre las personas.

Será conveniente dedicar todavía otros análisis a este problema esencial. Para la conciencia del hombre —incluso para el hombre contemporáneo— es importante saber que en esos textos

bíblicos que hablan del "principio" del hombre, se encuentra la revelación del "significado esponsalicio del cuerpo". Pero es todavía más importante establecer lo que expresa propiamente este significado.

Saludos

Deseo dar una bienvenida cordialísima a una familia de refugiados vietnamitas que tenemos alojada en el Vaticano. Quisiera asociar a todos los peregrinos aquí presentes hoy, a la acogida a nuestros hermanos católicos tan probados... Aprovecho la ocasión para manifestar la simpatía y solicitud de la Iglesia hacia todos estos refugiados que se encuentran tan lejos de su patria querida, sin techo ni trabajo, y separados muchas veces de la familia. Ojalá encuentren en las naciones y familias que les acogen, aliento, apoyo efectivo e integración en una vida normal. Ellos nos traen el testimonio de su valentía y esperanza, y muchas veces también de su fe. Hay que desear al mismo tiempo que se ponga remedio a las causas que provocan el éxodo de estos refugiados de mil modos diferentes y en tantos países.

* * *

Está presente en esta audiencia un grupo de *médicos y enfermeras* que partirán estos días voluntarios para Tailandia a fin de prestar asistencia sanitaria a los prófugos camboyanos refugiados allí; respondiendo de este modo al llamamiento de la *Cáritas Italiana*. Es éste un gesto altamente humanitario y evangélico merecedor de nuestro aplauso y aliento. El Señor os premie esta obra de solidaridad humana y cristiana, y sostenga vuestro esfuerzo generoso, para que acierte a aliviar tantos sufrimientos y consiga devolver la sonrisa a tantos rostros marcados por el dolor.

* * *

Deseo asimismo dirigir un saludo cordial a los *sacerdotes* procedentes de varias partes de Europa que estos días están tomando parte en un congreso sobre "La caridad, ideal de vida", en el Centro Mariápolis de Rocca di Papa de los focolarinos.

Queridos sacerdotes: Me complazco vivamente con vosotros y os doy las gracias por lo que sois y hacéis en cuanto sacerdotes de Dios y colaboradores de vuestros obispos en el gobierno de la Iglesia y la guía de las almas hacia la salvación. Recordad siempre las palabras de Jesús a sus discípulos en la última Cena: "Permaneced en mi amor" (*Jn 15, 9*). Permanecer en el amor de Cristo es el deber primero y más confortante de vuestra vida sacerdotal. Es la actitud más auténtica de quien ha recibido la investidura de "dispensador de los misterios de Dios" (*1 Cor 4, 1*). Es la respuesta más hermosa a quien os ha elegido para ser amigos y mensajeros suyos en el mundo para su mayor gloria. El Señor bendiga vuestros propósitos y testimonio generoso.

* * *

Saludo asimismo a los estudiantes de la facultad teológica protestante de Lausana; les deseo que profundicen en el misterio de Cristo nacido de la Virgen María, para acercarse a El, Piedra Angular de la Iglesia, y llegar a ser testimonios de su salvación. Pronto intensificaremos la oración conjunta para que todos los cristianos caminen hacia la plenitud de la fe y el amor, y sean uno como lo ha querido Cristo. Contad con nuestra amistad en el Señor.

(A los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados)

Y ahora me dirijo a vosotros, queridísimos *jóvenes, muchachos y niños* presentes en esta audiencia, para presentaros mi saludo particular y mi felicitación.

Estamos todavía cerca de las grandes fiestas de Navidad y Epifanía, y por ello os repito mi exhortación a tener la mirada fija en la estrella luminosa de Belén, como los Magos venidos de Oriente.

Y la estrella es Jesús, porque en él tumulto y fatigas de la historia y de nuestra misma existencia, sólo El nos indica el camino justo de la vida y nos ayuda a recorrerlo. Os deseo de corazón que el año nuevo apenas comenzado, sea para todos vosotros un año de amistad íntima con Jesús, profundizando en el conocimiento del Evangelio, viviendo con su gracia e imitándole en la caridad con el prójimo.

Y os acompañe también mi bendición apostólica.

Llegue mi saludo particularmente afectuoso también a vosotros, amados *enfermos*, que habéis querido tomar parte en la audiencia general.

Sobre todo para vosotros, los enfermos y todos los que sufren, Jesús, Verbo de Dios encarnado en Belén, es luz que os ilumina y guía en la aceptación de la enfermedad, en la esperanza de ser curados y en la certeza de que vuestras penas se transformarán en gozo y gloria eterna en el cielo.

Al igual que los Magos venidos de lejos para adorar al Niño Divino, también vosotros presentad vuestros dones preciosos: el oro del dolor, el incienso de la fe y la mirra de vuestra paciencia.

Y a la vez que os deseo de corazón la misma alegría de los Magos, abandonados serenamente a la divina Providencia, os doy una bendición portadora de consuelo.

Queridísimos *recién casados*: También a vosotros dirijo mi saludo. Con el matrimonio habéis entrado en una fase nueva de vuestra vida, y os asomáis trepidantes al futuro.

No os desalentéis jamás, sino seguid la Estrella de vuestra fe cristiana como los Magos, convencidos de que la familia es un "proyecto" de Dios que ha querido expresar su amor creador y redentor a través del hombre y la mujer, hechos a su imagen y semejanza.

Teniendo presente a la familia de Nazaret, tratad de ser también vosotros una "epifanía" continua, es decir, "manifestación" de Cristo con vuestra religiosidad, unión y bondad.

Y os llene siempre el corazón el gozo del Salvador Divino. Esta es la felicitación que os dejo junto con una bendición propiciadora.